

El cuarto año de la "misa por la familia"

Inasequibles al desaliento, Rouco y sus muchachos nos han vuelto a obsequiar con el ya clásico show de fin de año, aunque en esta ocasión se haya pospuesto hasta el día dos de enero.

Nuevamente las cifras, voceadas a bombo y platillo por medios de comunicación afines o páginas Webs de clarísima orientación ultraconservadora y la propia Iglesia Católica, resultan ser totalmente increíbles. Del medio millón de asistentes, e incluso un millón, que dichas fuentes dan como dato cierto, la simple visión de los diversos videos que en You Tube podemos encontrar, nos confirma que tales afirmaciones son muy, muy exageradas.

De hecho la plaza de Colon, siendo muy optimista podría albergar poco más de 100.000 personas, por lo que una asistencia como la que pretenden los organizadores y sus correligionarios es simplemente impensable. Y si consideramos que la convocatoria se ha hecho extensiva, al menos en las dos últimas ocasiones, a todos los católicos europeos, la presencia de algunos miles de adeptos se convierte en meramente testimonial y carente de trascendencia al ser, de hecho, una escasa minoría sobre el total de supuestos católicos convocados.

Tampoco es condición menor a tener en cuenta el hecho de que buena parte de los presentes son menores de edad, y por tanto doblemente condicionados por la autoridad paterno/materna, por un lado, y por la facilidad con que pueden ser manipulados al no estar plenamente formados y ni en pleno uso de sus de sus capacidades de libre elección.

Pero más allá del número concreto de asistentes, es interesante constatar como el mensaje que Rouco Varela lanza a su audiencia sigue siendo profundamente retrógrado, absurdo y antidemocrático, además de contradictorio con la realidad en la que vivimos.

Que su mensaje es retrógrado y anclado en el más puro estilo del puritanismo decimonónico no requiere más esfuerzo que escucharlo, pero su total falta de sentido democrático es aun más preocupante. No olvidemos que nadie niega el derecho a vivir según las más estrictas doctrinas católicas. Nadie obliga a un/a católico/a a divorciarse, abortar, tener una relación homosexual o a cualquier otra opción considerada reprobable desde el punto de vista católico. Nadie le obliga, pero en cambio la iglesia católica, y sus adeptos, si pretenden imponer a los demás, todos aquellos que no quieren estar bajo su control, sus normas morales y de comportamiento.

Pero que además se permita, el Sr. Rouco, banalizar la actual crisis y las miserias que esta provoca al afirmar que **"las leyes progresistas como la del aborto o la de la eutanasia, son la manifestación de un crisis mucho más honda en sus causas que la económica o la política"** no solo es un insulto a la inteligencia, si no a millones de personas que apenas cuentan con los medios más básicos para sobrevivir.

Pero no terminan aquí las esperpénticas afirmaciones del Sr. Rouco. Cuando dice **"¿Se puede afrontar el futuro del hombre si se prescinde del matrimonio y de la familia? Sencillamente, no"**, la afirmación vertida es una clara meada fuera de tiesto. Presuponer que la existencia de modelos alternativos de familia pone en serios aprietos la continuidad de la humanidad es una falacia absurda y estúpida. Primero porque dicha existencia no niega la de modelos de familia tradicional. De hecho, y pese a la salida a la luz y legalización de las parejas homosexuales y lesbianas, la permanencia de las uniones tradicionales, como opción mayoritaria e incuestionable es innegable. No existe peligro alguno de que la pervivencia de la especie humana se vea comprometida. De hecho, lo que en este momento es prioritario es la concienciación de que la humanidad se enfrenta a las nefastas y apocalípticas consecuencias del proceso de superpoblación al que inevitablemente nos enfrentamos, si no ponemos un rápido remedio. Los ya cercanos 7.000 millones de personas que habitan este mundo son un número claramente excesivo que pone en entredicho la supervivencia humana. Negarlo es una clara, estúpida y criminal miopía, con la que personajes estrafalarios como el Sr. Rouco Varela nos obsequian día sí y día también.

Y si no fuera suficiente, para surtirnos de frases tan rimbombantes como majaderas, todo lo anterior, añade: **"Se banaliza con la eutanasia hasta extremos hace poco tiempo impensables, la responsabilidad de vivir y de respetar la vida del prójimo"**, en una clara demostración de su total y absoluta incapacidad de entender el derecho a la libre elección. O puede que lo entienda perfectamente, y se niegue a aceptarlo porque ello les resta poder sobre nuestras vidas. De hecho, su poder social (el de la Iglesia), su capacidad de control depende directamente de nuestro sometimiento a sus arbitrarias normas de conducta.

El Sr. Rouco ignora deliberadamente que ningún defensor del derecho a la eutanasia pretende tomar la decisión por terceras personas. Que en cualquier caso es el propio afectado el que debe decidir exclusivamente por si mismo. Así pues, no existe ninguna falta de **"respeto a la vida del prójimo"**.

En cuanto a la llamada "**responsabilidad de vivir**", trasluce de forma inequívoca uno de los principios rectores del catolicismo, su sentido sadomasoquista de la vida. A lo largo de la historia, ha sido un condicionante indispensable de la concepción católica el concepto de sufrimiento implícito en la vida humana. Esta es un "**valle de lágrimas**" y estamos aquí para sufrir. Ello se traduce en la abundancia de autocastigo en las prácticas religiosas (cilicios, flagelaciones, ayunos, silencios autoimpuestos), y en coherencia con ello, no resulta extraño que se rebelen contra la decisión personal de terminar con la propia vida, si esta resulta ser un sufrimiento insoportable. Para su visión perversamente masoquista, la persona no debe oponerse al inútil sufrimiento, si no soportarlo hasta el final.

Personalmente nada tengo contra quien quiera seguir este camino. Allá él y su deseo de padecer. Lo que es inadmisibles es que personajes como éste, claros candidatos a un tratamiento psiquiátrico, se presenten como portadores de la verdad absoluta y pretendan imponernos sus irracionales conductas.

Desde mi postura atea, no pretendo, en ningún caso, imponer mi forma de pensar a nadie. Pero tampoco estoy dispuesto a ceder ni un ápice en la defensa de mis opciones. Si los católicos (y es también aplicable a cualquier otra creencia religiosa) quieren demostrar ser verdaderos demócratas, deberán respetar a quienes tenemos formas distintas de interpretar el mundo. La regulación de estas opciones no les impiden seguir sus vidas de acuerdo con sus creencias ¿Por qué, entonces, pretenden imponer a los demás sus criterios? En realidad, tal postura implica una vulneración de los principios fundamentales, ya que ellos, al negar derechos a los demás basados en principios confesionales, están negando la libertad de quienes tienen otra forma de pensar.